



Los perros del monte San Bernardo.

EL PERRO DEL MONTE SAN BERNARDO.

El monte San Bernardo, uno de los que componen los Alpes, es una de las montañas mas altas que conocemos, pues se eleva nada menos que 10.600 pies sobre el nivel del mar. En la cumbre de uno de los picos de esa montaña un virtuoso cenobita llamado Bernardo de Menthon, archidiacono de Aoste, fundó un hospicio en el año 962, hospicio que subsiste todavía para gloria de su fundador y alivio de la humanidad.

El que no lo haya sufrido, no puede formar idea del frío que reina en el monte San Bernardo durante una gran parte del año: es tal, que los cadáveres no pueden corromperse, y después de algun tiempo pasan al estado de momias.

El hospicio del monte San Bernardo se halla en el borde de un lago, cuyas aguas se desprenden á siete mil trescientos pies de altura, y picos gigantescos y grandes montones de hielo rodean el santo edificio. Los religiosos que lo habitan han asociado á sus penosas tareas cierto número de perros, dotados de un instinto maravilloso, y que estan destinados á recorrer los sitios menos accesibles, para descubrir las huellas de los viajeros extraviados. Si el hombre vive aun, el perro le anima con sus caricias, y corre precipitadamente en busca de los religiosos, á los cuales atrae con sus ahullidos hasta el sitio en que yace el cuerpo del infortunado. Los religiosos lo sacan del precipicio, y lo trasportan al hospital, donde le cuidan y alimentan gratuitamente, hasta que se halla en estado de continuar su camino.

En 1840, entre los perros del monte San Bernardo habia uno que aventajaba á sus compañeros en inteligencia, y los otros perros, como rindiendo homenaje á su superioridad, le obedecian como pudieran obedecer á sus amos. Aquel perro, llamado *Diamante* á causa de sus maravillosas cualidades, solo con el ascendiente de su instinto se habia hecho rey de sus compañeros, y con un movimiento de cabeza les distribuia órdenes para tal ó cual punto, sin que los buenos de los animales pensasen nunca en sustraerse á aquella autoridad singular. Tenia *Diamante* dos modos de ahullar; el uno para advertir á los religiosos que necesitaba su auxilio, y el otro para convocar á su tropa, haciéndolos volver de las diferentes direcciones á que los enviaba. Confiados los religiosos en la alta inteligencia de *Diamante*, no tenian que cuidar de los perros, porque sabian que jamás se apartarían de las órdenes que les daba su jefe, ni

descuidarían un minuto la vigilancia, de que estaban encargados.

Una noche en que el cielo estaba sombrío y cargado de nubes, los prolongados ahullidos de *Diamante* advirtieron á los religiosos, que algunos infelices sepultados en la nieve reclamaban pronto socorros. Muchos de ellos, guiados por el perro y provistos de faroles, corrieron tan presto como los malos caminos podían permitirlo, y á unos cuatrocientos pasos del hospicio descubrieron sepultados en la nieve á un hombre y una mujer privados de sentido. Gracias á los cordiales que habían llevado consigo, esperaban volver á la vida aquellos desgraciados; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, y que la intensidad del frío agravaba el miserable estado de los viajeros, resolvieron trasportarlos al hospicio, en la esperanza de que el calor de una buena cama renovaría en ellos la circulación de la sangre.

Cuando se iban á poner en marcha, *Diamante* hizo los mayores esfuerzos para detener á los religiosos, y antes, mientras prodigaban sus auxilios á los dos viajeros, no había hecho mas que ladrar y saltar al rededor de los que no hacían otro oficio que el de espectadores; pero ninguno hizo caso, y todos se dirigieron hácia el hospicio, sin cuidarse de las advertencias del perro.

¿Había descubierto *Diamante* una nueva víctima? No, porque los religiosos habían registrado en todas partes sin descubrir nada. Pero yo no sé qué cosa decía á *Diamante* que había todavía en la nieve un ser que sufría. No era el olfato, porque el frío debía necesariamente paralizar este sentido: ¿qué era pues?

La mujer á quien se encontró cerca del viajero llevaba la gorra de un niño, y de la faltriquera de su delantal salía el cuello de una botellita cubierta de mimbre, con que en Alemania se suele dar de beber en el campo á los niños de dos ó tres años. ¿Dedujo el perro por la gorra y la botella que debía ir con los viajeros un niño? Esto sería muy extraordinario, y nosotros no nos atrevemos á asegurarlo; pero el hecho es que *Diamante* no quería alejarse, porque sospechaba había otra víctima, y no se engañaba.

Cuando el viajero y su mujer cayeron agoviados por el frío, lucharon largo tiempo contra la desgracia que les amenazaba; pero al fin perdieron las fuerzas, y la madre soltó á su hijo. Pero poco despues procuró salir del golfo de nieve en que veía aproximarse la muerte, y ayudada de su marido, á quien ella ayudaba á su vez, uno y otro anduvieron cincuenta pasos arrastrándose de rodillas, y hé aquí cómo se explica que el pobre niño no hubiese sido hallado con su padre y su madre.

Viendo *Diamante* que ocupados los religiosos con los dos viajeros no querían oírle, se lanzó solo en busca de la tierna

criatura, y no tardó en descubrirla tendida sobre la nieve y sin movimiento alguno. Al momento se acostó lo mas cerca que pudo del niño, que apenas tenia tres años, y con la ayuda de sus patas consiguió colocarle sobre el vientre: entonces lo envolvió lo mejor que pudo con sus cuatro patas y su larga cola, y se puso á lamerle en todo el cuerpo, y esto por mucho tiempo, hasta que al fin conoció que el niño hacia algunos movimientos. El perro redobló entonces sus cuidados y sus caricias, y cuando vió que el niño se hallaba en perfecto conocimiento, lo puso en tierra, se echó sobre el vientre, se encogió cuanto pudo, y con sus ademanes y su pantomima invitó al niño á que montase en su espalda. Este lo hizo así, se puso á horcajadas sobre *Diamante*, y con los dos bracitos rodeó el cuello del robusto animal que trasportó de aquel modo hasta el hospicio su preciosa carga, llegando en el momento mismo en que los viajeros, que acababan de recobrar sus sentidos, lloraban la suerte de su niño, á quien no esperaban volver á abrazar.

Juzgad lo acariciado, festejado y besado que sería *Diamante*! Y el buenó del animal recibia todas las felicitaciones, todas las demostraciones de gratitud con una modestia, que aumentaba el precio de su accion. Lo que habia hecho era tan natural en él! ¿no era su ejercicio y su mision arrebatár á la muerte los desgraciados? Pues bien! habia cumplido con su deber, y habia llenado su mision, sin que se le debiese por ello cosa alguna. Esto parecian decir sus ojos, clavados con ternura en el niño, que jugaba con sus largas orejas.

Diamante debe haber muerto ya, porque era muy viejo; los religiosos del monte San Bernardo le habrán enterrado, no faltando al menos una lápida sencilla que recuerde la inteligencia y la filantropía de aquel pobre perro.

EL BURLON Y EL TRAGADERAS.

BURLON y Tragaderas!... Hé aquí dos nombres bien ridiculos, direis. Por eso solamente son dos apodos que los estudiantillos se dan unos á otros; especie de bautismo, que tiene frecuentemente toda la influencia de un sacramento en el destino de un niño, y hace á veces que por vanidad ó despecho adquiera el defecto, que se le justifica así, segun su carácter presuntuoso ó tímido.

Antes de llamarse *Burlon*, y hacer punto de honra sosteniendo este nombre formidable por una série de chascos, mas divertidos unos que otros, este héroe de colegio se llamaba buenamen-

te Teodoro Galvez. Era hijo de un rico banquero, que creia hacer mucho en cuanto á la educacion de su hijo, proporcionándole todos los maestros del colegio, en donde le habia puesto, y facilitándole mas dinero para gastar que el que tenian sus camaradas. Todavía habia mas; los dias que le tocaba salir, en los que por gran casualidad Teodoro no quedaba sin salida en castigo de alguna travesura, su madre se congratulaba tanto de que hubiese tenido juicio, que siempre recompensaba este sublime esfuerzo con algunas monedas de plata, dadas con la intencion laudable de que regalase bollos á toda su clase, pero que *Burlon* empleaba en comprar bramante, pimienta, petardos, trampas y otros instrumentos é ingredientes para dar chascos.

Su regreso al colegio era un dia de terror para los pobres peones, los perezosos y los amostazados; en fin para todas las víctimas habituales de su implacable malicia: se sabia que tenia dinero, y se acertaba cual era el empleo de este.

Su primo Gabriel Torrijos, llamado *Tragaderas* por su inagotable credulidad, y su facilidad en dejarse engañar por el *Burlon*, que siempre le hacia el héroe de sus burlas, estaba sin cesar admirado de los medios ingeniosos, variados, inagotables puestos en obra por su primo para engañarle y á sus camaradas. Casi tenia envidia á ese defecto viendo el resultado que lograba; pues apenas un estudiante era mofado por el *Burlon*, que á pesar de su enojo, olvidaba la burla para reirse de la de su vecino. La clase entera aplaudia el genio diabólico del *Burlon*.

Es lástima, pensaba *Tragaderas*, que este gran genio no se haya aplicado á cosas mas útiles, y desesperando llegar jamás á esta perfeccion de malicia, se resignaba muy sencillamente á consagrar su parte de inteligencia á los estudios, á que estan sujetos tanto los buenos como los malos estudiantes. Generalmente no habia que reprenderle; pero el falso brillo de las extravagancias del talento es tal, que *Tragaderas* lloraba frecuentemente de no poder participar del calabozo ó retencion tan gloriosamente merecidos por su primo. Esta desgracia le parecia una noble persecucion; era á sus ojos parecerse á Sócrates, bebiendo la cicuta; á Ciceron en el destierro, y que era preciso inspirar estimacion y temor para atraerse semejante suerte.

Felizmente para *Tragaderas*, su modestia le salvaba de cualquiera tentativa de imitacion; además el *Burlon* le habia declarado incapaz, despues de haber ensayado sus talentos en el compadrazgo. No sabia sostener una mentira; temia quemarse encendiendo furtivamente los petardos, que debian hacer caer al suelo los maestros ó discípulos designados. Nada comprendia de la gerigonza de los grandes; temia abusar de la inesperienza de los pequeños; en fin era en materia de travesuras el mas infe-

liz de todos. Reconociendo la dificultad de hacer un cómplice, *Burton* se decidió á hacerlo su víctima principal.

Dejaba el profesor olvidada su caja de tabaco sobre alguna mesa, al punto *Burton* se apoderaba de ella; despues, mezclando una gran cantidad de polvos de cebadilla con el tabaco que contenia, decia á *Tragaderas*: toma y lleva al maestro su caja, que anda buscando habrá un cuarto de hora. Y *Tragaderas* evacuaba esta comision con esmero, contento con las gracias que se le daban.

Mas apenas el maestro, cuya nariz estaba ansiosa por una larga privacion, se habia regalado con un gran polvo, cuando el tabaco adulterado le causaba una convulsion de estornudos, capaz de desvararle los sesos. Se infiere cual sería su enfado contra el estudiante que habia venido tan candorosamente á traerle la caja. Le era inútil al pobre niño protestar de su inocencia, se le prodigaban los nombres mas odiosos, y se le ponía á pan y agua por único alimento. No tengas cuidado, le decia entónces su primo, tú comerás mejor que ese viejo pedagogo.

En efecto, todas las estratagemas del *Burton* se dirigian entónces contra el armario, y atrapaba algunas buenas presas, cuidando dejar la mitad junto al puesto de un camarada, que muy pronto sufría el castigo de este nuevo delito. En seguida haciendo creer á *Tragaderas* que el jamon ó la ternera fiambres, que habia robado, provenian de lo que habia reservado de su parte de la comida, apaciguaba el resentimiento de su primo por medio de este beneficio fraudulento.

Habria adquirido conocimientos superiores en muchos géneros, si hubiese dedicado la cuarta parte de la aplicacion, de la perseverancia, que ponía en meditar un nuevo embrollo. A fuerza de ejercitarse habia llegado á remedar la voz de *Tragaderas*, de manera que no se distinguía; esta voz se levantaba de pronto en medio de la clase, é interrumpia con palabras inoportunitísimas el silencio de los estudios. Claro es que las reprensiones no tardaban un momento. *Tragaderas* protestaba, lloraba de nuevo y siempre inútilmente. Entónces *Burton*, en lugar de enmendarse viendo las injusticias que acarrea á su amigo, solo pensaba en vengarlo por otro chasco de su invencion.

Por esta vez imaginó hacer pasar una noche toledana al maestro guardian de los dormitorios. Recurriendo á su habilidad de contrahacer las voces, fingió hablar con un camarada; al punto el maestro se levanta, y viene para sorprender á los que hablaban. Solo encuentra al *Burton* en su cama, y pareciendo que dormía con un sueño tan profundo como que era fingido. El vigilante se vuelve á acostar diciendo: —Cosa singular, habria apostado que estaban dos hablando.

Apenas habia vuelto á poner la cabeza sobre la almohada, oye

las dos mismas voces, y además percibe palabras que le son muy injuriosas. Entonces, perdiendo la paciencia, amenaza en voz alta á los charlatanes, é irritado despierta á todos los del dormitorio. El *Burlon* grita: «ladrones,» como si se hubiese despertado de improviso asombrado. Sus camaradas, la mitad por miedo y la otra mitad por valor, se arman de todo lo que encuentran para esperar al pretendido ladrón. Las sillas, los candeleros caen por todos lados sobre el pobre maestro; sus gritos redoblan el zelo de los combatientes. *Burlon* grita también, lo que hace creer que uno de los ladrones le degüella: se corre á su socorro, se derriba al vigilante, que en vano se agarra á los banquillos de la cama. Este estrépito llegan á oírle los directores, sin poder explicar la causa ni conocer los culpables: se pone en arresto á todo el dormitorio, y el maestro no pudiendo explicar la razón de este desorden, es despedido por no haberlo sabido evitar.

Sería demasiado largo y tal vez demasiado peligroso también citar todas las pasadas de este género que causaban la alegría de *Burlon*, la admiración de sus camaradas y la desesperación de sus superiores. Porque es menester convenir en que jóvenes ó viejos, todos gustan oír contar una chanza ó burla bien ejecutada. El ánimo siempre es cómplice de la alegría, sin pensar en que muchas veces llega esta á ser feroz; y ese es el mas traidor de los lazos puestos á los estudiantes malignos. Como persuadirse que lo que á la edad de doce años os atrae aplausos, y las zalamerías de todo un pueblo de estudiantes, hará que huyan de uno y le detesten á los veinte todos aquellos que le encuentren, y mas todavía los antiguos camaradas que los nuevamente conocidos!

Mientras que *Burlon* reinaba absoluto sobre los turbulentos de su clase, que dirigía sus revolucioneillas, animaba sus diversiones, *Tragaderas*, procurando substraerse del genio maléfico que le hacia caer en continuas emboscadas, iba á refugiarse á un rincón de la clase, prefiriendo el trabajo de estudiar á ser escarnecido; mas cuando por desgracia se notaba su ausencia, y era sorprendido por algun camarada trabajando en las horas de recreo, Dios sabe solamente los nombres que se le daban! Era, segun decian, un pedante, un hipócrita, que se hacía el santurrón, y se desdenaba de jugar para darse un aire de importancia, porque los perezosos son los enemigos declarados de los trabajadores, y se vengán siempre por la ironía de su propia incapacidad; por eso sus burlas deben despreciarse.

Tragaderas tuvo valor para ello, y perseveró en sus estudios. Jámás haré progresos en el gran mundo, se imaginaba él; no tengo esa audacia, ese genio fecundo que distingue á mi primo; pues bien! seré á lo menos un hombre útil, y de trato amable.

El día de la distribución de premios quedó muy admirado *Tragaderas* por haber obtenido muchos, que en su modestia jamás se habría atrevido á ambicionar. Por desgracia, entre los premios de las matemáticas y del latín que excitaban profundamente los celos del *Burlon*, se encontró también el premio de *buena conducta*. Esta fué una verdadera conspiración de los envidiosos holgazanes. El pobre premiado se vió asediado de burlas. Llamábanle ya solamente *El virtuoso tragaderas*, y el *Burlon* le perdonó todas las otras coronas en favor de esta.

—No puedes alabarte de haberla conseguido en competencia conmigo, le decía; se sabe bien que no he entrado en concurrencia para ese premio. Sin embargo de justicia me deberías la mitad, porque si con frecuencia no hubiese puesto tu paciencia y tus virtudes á prueba, no habrían podido coronarlas!

Después se seguían las acciones á este discurso; ya era un joven pecador enviado por *Burlon* que venía á pedir permiso para besar el faldón de la blusa de *S. Tragaderas*; ya otro farfante que venía á suplicarle escuchase su confesión; este pedía un milagro, aquel le suplicaba que le legase sus huesos para ponerlos en una caja de oro y enviarlos á Roma.

En fin, era preciso tener la paciencia de un verdadero santo para sobrellevar sin enfadarse tantas chanzas pesadas. Pero *Tragaderas* atribuyéndolas á la malevolencia de sus camaradas, se afligia en vez de irritarse; felizmente para él tenía ya demasiada edad para cambiar de carácter; porque á fuerza de burlarse de sus calidades, le habían hecho vergonzoso. Así vió con placer acercarse el momento de dejar el colegio y á sus camaradas, cuya ironía tanto le mortificaba.

En cuanto al *Burlon*, no dudo que su travesura y su alegría no le fueren mas útiles en el mundo que en el colegio; mas no estamos ya en los tiempos en que los defectos que divierten hacían suerte, en que se tenía un *burlon* para que asistiese á la mesa como un cantor en su orquesta; se quiere algo mas en un hombre.

El *Burlon* fué primero muy bien recibido en los bailes, en los almuerzos de los jóvenes de su edad; mas cuando su padre quiso relacionarle con varios sujetos graves que podían servirle en su carrera, afectado por la extravagancia de la peluca del uno, por el tartamudeo del otro, por lo que cada uno tenía de ridículo, no pudo evitar el placer de burlarse. Sus agudezas dirigidas á ellos fueron al punto recogidas, y perdió de improviso la protección de los amigos de su padre. Como era rico, tomó su partido; pero en las revoluciones no hay fortuna estable, sobre todo la de un banquero. El Sr. Galvez, víctima de numerosas quiebras, vióse obligado á vender cuanto poseía para pagar sus firmas, y se quedó sin nada.

Felizmente, dijo este á su hijo, te he proporcionado una educacion que para todo puede servirte. Trabaja, amigo mio, como voy yo mismo á trabajar para asegurar la existencia de tu madre; con ánimo, saber é inteligencia se sale adelante. Vé á ver á tus amigos de colegio; muchos de ellos estan ya muy bien colocados; tienen parientes acreditados; nada desearán tanto como serte útiles.

En esta confianza Teodoro, conocido antes por el *Burlon*, vá á presentarse á un antiguo amigo de su padre, y le habla de su triste posicion, y de lo que espera de él.

—Por vida mia, vienes muy á tiempo, amigo mio, dijo el rentista, mi apoderado necesita un hombre de confianza que sepa bien llevar nuestros libros de partida doble. El empleo tiene buenos emolumentos; y además, la esperanza de obtener un interés en los ingresos. ¿Os conviene esto?

Teodoro aceptó con reconocimiento; pero como es necesario sin embargo saber á lo que uno se compromete, pidió algunas explicaciones acerca del trabajo que se le exigía, y conoció muy pronto que su desprecio á la aritmética le hacia incapaz de manejar los libros de contabilidad; que necesitaba tener dos años de aprendizaje para llegar á ser un buen cajero, y tambien como eso solo se aprende de muy jóven, desesperó adelantar, y entonces pretestando necesitaba consultar á su padre, dejó al rentista, bien resuelto á negarlo respecto á su ignorancia.

Encuentra al salir de allí un camarada de colegio que se lo lleva á almorzar con él, y le presenta á su familia como el jóven mas divertido del mundo. En vano Teodoro le repite que no tiene ya humor para divertirse, que graves sucesos le fuerzan á ocuparse en cosas serias, y en los medios de su existencia, que busca un empleo.

—Tú abatirte á esas pequeñeces de que tanto nos burlábamos en el colegio; tú hacerte industrial, mercader de gorros de algodon, ó agente de la bolsa! Ah! no podrías mirarte sin reir. Tú correr por la mañana tras de los negocios, enlodado, estropeado, hambriento, sufrir antesalas de las personas, cuya insolencia cómica tambien sabes remedar! tú adular á un agente de cambio, incensar á un ricacho, obsequiar á la viuda con renta, para ser empleado por su necio sobrino, ministro el dia anterior? No, tú no vales nada para eso, te digo. Permanece el mas divertido de los hombres; esa es una hermosa ocupacion.

—Sí, pero con la que se muere de hambre, respondió Teodoro con impaciencia.

—Que no! ciertamente se anda á porfia sobre quién convidará al hombre que hace reir. Solamente es preciso que no tema el ejercicio, y escoja las víctimas en diferentes barrios para que

divierta sin inconvenientes á los unos con los ridículos de los otros, y esto recíprocamente y sin que lo echen de ver: nada es tan fácil en Madrid.

—Ese oficio cansa mucho y es muy poco honroso. Decididamente quiero otro mejor.

Entonces pasaron revista á todos los estados que podían convenir á Teodoro; mas para este era necesario haber estudiado derecho, para aquel haber sido largo tiempo pasante de abogado ó de notario; para todo se necesitaba un trabajo asiduo, y Teodoro se ponía pálido con la sola idea de permanecer dos horas sentado en un bufete.

Todas las tardes volvía á casa de su padre mas descorazonado que la vispera, reducido á tomar prestado de sus compañeros de placeres, para satisfacer los pequeños gastos indispensables cuando se vive con jóvenes ricos; debiendo á su sastre, á su zapatero, sin saber ya porque calle pasar para no encontrar acreedores, se esforzaba en befar la mala fortuna con su alegría maligna; mas todos aquellos que mas se divertían con sus epigramas y sus farsas, se fatigaron muy pronto de este placer monotonó, sobre todo cuando reflexionaron en lo que les costaba, porque los pedidos de Teodoro empezaban á ser inoportunos. Además se sabe que la manía de pedir prestado es lo que destierra mas pronto de la buena como de la mediana compañía.

Sin embargo, Teodoro tenía una cara hermosa, un aire distinguido, y si llegaba á agradar á alguna joven heredera, podía restablecer su fortuna con un buen matrimonio. Desgraciadamente el amigo que mejor hubiera podido favorecerle estaba ausente. Gabriel, llamado *Tragaderas*, había sido enviado á París cuando salió del colegio, porque su padre lo había encomendado á un rico negociante para que se instruyese en la útil ciencia del comercio, y le hiciese recorrer las principales ciudades de Francia é Inglaterra.

Era pues preciso pasarse sin los auxilios que su primo le podía ofrecer, ó buscarlos en otra parte; Teodoro era siempre bien recibido en la familia de aquel que le llamaba el joven divertido. Este Alfredo Posadas tenía una hermana bonita, que sería ricamente dotada; había muchas veces oído decir al padre de esta joven que no pensaba casarla atendiendo al dinero. Esta era ya una poderosa razon para tener esperanzas. Teodoro redobla las atenciones, la galantería, se muestra afanoso tambien para que se crea que trae ocupaciones, porque el padre de la encantadora Laura odiaba los perezosos, segun le había informado su condiscípulo. En efecto, Posadas no piensa dar su hija á un hombre que tenga hecha su suerte, quiere uno que pueda adquirírsela. Exije la inteligencia, la actividad, el órden, sin lo que

nada se consigue. — Creerá que tengo todas estas cualidades, pensaba Teodoro, si agrado á su hija; procurando agradarla se aficiona cada día mas de ella, porque es amable y graciosa, pero no tiene para que la acompañe en el mundo mas que una tia solterona, coja y tartamuda, cuyo andar y cuya conversacion son igualmente ridículos. Sin embargo, es menester que Teodoro se resigne á darla el brazo cuando acompaña á su sobrina al baile, porque el señor de Posadas á nadie cede el placer de dar el brazo á su hija. Teodoro va en un tormento, y venciendo su carácter á su interés, no puede dejar de manifestar á sus amigos con algunos gestos burlones el tedio que experimenta de conducir aquella vieja caricatura. Por desgracia Laura descubre y comprende esas señas. Se indigna de ver befiada así su buena parienta que la sirve de madre. La falta de consideracion por una persona de buen carácter y talento solo á causa de sus enfermedades, la sugiere la idea mas mala del corazon de Teodoro, y desde aquel momento cesa de acoger sus atenciones, y como estas pueden comprometerla, ruega á su padre que insinue á Teodoro haga menos frecuentes sus visitas. En fin con política es este despedido del trato de aquella familia.

En su desesperacion vende muchos efectos y muebles que aun no ha pagado, y provisto de la módica suma que encuentra, parte para París, pensando por todo el camino en la relacion que va á hacer á *Tragaderas* para probarle que los acontecimientos son los que únicamente le han conducido á aquel estado de miseria, y que nada tiene que reprenderse.

No era necesario atormentar tanto su imaginacion, inventar la desaparicion de un agente de cambio que se habia llevado á América los fondos que él le habia confiado, ni el drama de un desafio que le obligaba á huir por algun tiempo de España, y diferir su casamiento con una millonaria. Todas estas mentiras eran un puro lujo, porque desde el punto que su primo le hubo abrazado, su primer cuidado fué ofrecerle su alojamiento y lo poco que poseia, fruto de su trabajo y sus economías.

Merced á las maneras pródigas de Teodoro, todo fué muy pronto disipado. Entonces recurrió á sus antiguas tretas. Entra una mañana en el cuarto de Gabriel lleno de alegría y de esperanza.

— No haria yo tan buen negocio, dijo, sin darte parte.

— De que se trata, dijo Gabriel.

Y Teodoro le manifestó una carta, que decia habársele dirigido por uno de los primeros banqueros de Madrid, y por la cual se le suplicaba colocar un cierto número de acciones que proveñian de una especulacion infalible. Seducido por las seguridades de Teodoro, Gabriel se compromete á proponer una de estas acciones á su patron el negociante, mas este, menos fácil de

engañar que *Tragaderas*, antes de entregar su dinero, trata de informarse, y no tardó en descubrir que el banquero español, el negocio infalible y las acciones, era todo invención de Teodoro Galvez. En su justo enojo de haber sido así engañado, envió á Gabriel á su padre, no pudiendo confiar mas en un jóven que tenía semejante amigo.

—Tú ves el fruto de tu habilidad en los engaños, dijo Gabriel á su primo; me haces perder mi establecimiento; me indispones con mi padre, y no por eso eres mas rico. Ah! la pobreza no es nada mas que el trabajo en triunfo; pero el honor! el honor! O! Teodoro inducir sospechas de intriga, de estafa..... hacerme cómplice de un fraude..... Ah! eso no lo perdonaré nunca.

Aterrado por estas palabras Teodoro, ni aun intentó disculpar sus faltas, atribuyéndolas á su ligereza. Una luz fatal acababa de iluminarlo; y lo que no habian podido hacer sus propias desgracias, lo realizó la de su amigo.

—Adios, le dijo, estrechándole la mano de una manera convulsiva, no me volverás á ver sino digno de obtener tu perdon.

Muchos años se pasaron, durante los cuales á Gabriel no le fué difícil justificarse con su padre, que lo compadecia de haber sido engañado por un amigo, y le hizo jurar que no entregaría su confianza ligeramente. La probidad, la buena conducta de Gabriel, le conciliaron pronto la estimacion del negociante de París, y no tardó este en encomendarle conducir un convoy de mercaderías, remitidas á la Martinica en un buque mercante.

Al llegar casi á la vista de las islas Azores, fué el buque atacado por dos corsarios argelinos que difundian el terror por aquellos parages. El combate se trabó de una manera muy desigual, porque el buque mercante, aunque bien armado, no tenia bastantes defensores para resistir á dos tripulaciones intrépidas, cuya codicia hacia de cada uno un héroe. Mas el ruido del cañon habia atraído una fragata que se veia á poca distancia. Ya los argelinos habian subido por sus escalas, y cubrian el puente del buque mercante; ya el pobre Gabriel, herido de una bala en el brazo izquierdo, se defendia con el otro con un valor sin igual y desgraciadamente sin ventaja, cuando un oficial de marina se arroja de pronto sobre el corsario, cuyo brazo se prepara á herir á Gabriel de un golpe mortal: el corsario cae sin vida. Al momento mismo los que él mandaba, rodeados por los soldados de la fragata, y llenos de terror al ver á su jefe por tierra, se cansan de una inútil resistencia: los mas hábiles se precipitan al mar, y se acogen á su navío, los otros caen prisioneros, y todo el equipaje se postra á los pies de sus libertadores.

Gabriel es conducido desmayado á la cámara del capitán; un cirujano extrae la bala de su brazo; el dolor que le causa esta

operacion le arranca un grito; abre los ojos, y dice con voz moribunda:

—¿Estamos en libertad?... Dónde me encuentro?

—En los brazos de tu amigo, exclamó Teodoro.

—Él es quien os ha librado!, exclamaron á un mismo tiempo todos los marinos del equipaje: este jóven oficial es el que ha muerto al corsario. Viva el oficial de marina!

—Viva Teodoro Galvez! dijo Gabriel estrechando á su amigo contra su pecho, y toda la tripulacion repitió. Viva!

—Ves que con valor y resolucion se pueden reparar los yerros, dijo Teodoro á su amigo. Cuando me separé de tí, me embarqué como simple marinero; he trabajado; me he batido; he ganado mi charretera; nada mas necesito para ser feliz, sino tu perdón.

Gabriel, por toda respuesta, abrazó á su primo, y luego su amistad no volvió á turbarse; porque si el antiguo defecto de Teodoro intentaba algunas veces despertarse, Gabriel le llamaba de nuevo *Burlon*, y este nombre producía un efecto de talisman; parecia que con él se despertaba en Teodoro el recuerdo de todas las desgracias que este nombre le habia acarreado; entonces compadecido su amigo al ver su penosa conmocion, le decía. —Tranquilízate, nada tienes ya que temer de su antiguo carácter, y el mérito de haberlo vencido te coloca sobre tus camaradas de colegio, pues de todos los géneros de esfuerzo, el mas santo, el mas raro, el mas heróico es el de saber tener ánimo para arrepentirse, y vencer su genio.

M.

HISTORIA SAGRADA.

ABIMELECH. — JEPHTÉ.

Abimelech, hijo de Gedeon, se hizo nombrar rey, y gobernó á Israel durante siete años. Pero entonces los habitantes de Sichein comenzaron á aborrecerle, criticándole el que hubiese dado muerte á sus setenta hermanos.

—Destruyeron las vides, pisaron los racimos, y danzando y cantando entraron en el templo de su Dios, y en medio del festín alzaron imprecaciones contra Abimelech.

Este príncipe juntó un ejército numeroso, y avanzó contra Sichein.

Gaal, que se hallaba á la cabeza de los Sichimitas, salió de la ciudad y marchó á su encuentro. Abimelech le puso en huida,

y sitió luego á Sichem tomándolo á poco. Despues de pasar á cuchillo á los habitantes, destruyó completamente la ciudad.

Solo quedaba en pié la torre, á la cual se habia refugiado mucha gente.

Abimelech la prendió fuego, y todos los que dentro se hallaban fueron ahogados por el humo ó consumidos por el fuego.

De allí se encaminó á la ciudad de Tebas, que acometió con su ejército, poniéndola sitio. Apoderóse de ella y avanzó hasta el pié de una torre que dominaba la ciudad, y que servia de guarida á los principales personajes del pais. La puerta estaba cerrada y fortificada con esmero, y habian subido á las almenas para defenderse.

Abimelech se hallaba al pié de la torre combatiendo valerosamente, y acercándose á la puerta se ocupaba en aplicarla fuego, cuando una mujer lo vió, y le dejó caer sobre la cabeza un enorme pedazo de una rueda de molino. Herido en la frente y rotos los sesos, Abimelech llamó á su escudero y le dijo:

—Saca la espada y mátame, á fin de que no se diga que he muerto á manos de una mujer.

Así murió Abimelech en castigo del asesinato de sus setenta hermanos, que sacrificó para hacerse rey.

Thola y Jair mandaron despues de él en clase de jueces. A la muerte de Jair, los Israelitas cesaron de adorar al Señor para celebrar el culto de Baal.

Dios los entregó á los filistinos y á los Amonitas.

Habia entonces un hombre de guerra, fuerte y valeroso, que se llamaba Jephthé, arrojado de la casa de Galaad, su padre, por sus hermanos.

Moraba en el pais de To, y estaba á la cabeza de gran número de gentes, que como nada tenian vivian de la rapiña. Su fama se extendió por lejanas regiones, y su nombre resonó en todo Israel.

Este pueblo sufría entonces el dominio de los Amonitas, y procuraba sacudir tan pesado yugo.

Los ancianos de Galaad fueron á buscar á Jephthé, y le pidieron el auxilio de su fuerte brazo.

—Venid, le dijeron, sed nuestro príncipe, y batid á los hijos de Ammon.

—Vosotros sois los que me habeis perseguido, respondió Jephthé. Vosotros habeis cerrado para mí la casa de mi padre, y ahora me solicitais, porque os acosa la necesidad. Si al proponerme que combata á vuestro lado contra los hijos de Ammon os guía un deseo sincero, ¿seré vuestro príncipe en caso de que el Señor los haga venir á mis manos?

—Que Dios que nos oye sea testigo de que estamos en cumplir lo que prometemos!

Jephté partió con ellos, y todo el pueblo le eligió por jefe. En seguida prometió obediencia al Señor. Hecho esto, envió emisarios al rey de los hijos de Ammon para que le dijese, de su parte:

—Qué hay de comun entre nosotros? por qué habeis venido á atacarme asolando mi pais?

El rey de los Amonitas le respondió:

—Porque Israel, viniendo de Egipto, se ha apoderado de la tierra que yo poseia. Restituídmela y tendremos paz.

Jephté le replicó que aquel pais habia sido dado por el Señor á los Hebreos, y que no podia renunciar á este don.

El rey de los Amonitas no quiso contestar á estas palabras: Jephté al prepararse para combatir hizo al Señor este voto:

—Señor, si haceis que caigan en mi poder los hijos de Ammon, os daré en holocausto al primero que salga de la puerta de mi casa y venga á recibirme, cuando yo vuelva victorioso.

Y se dirigió á las tierras enemigas para pelear. Guiado por el Señor, tomó y destruyó veinte poblaciones, y los hijos de Ammon perdieron gran número de los suyos.

Entonces pensó Jephté en dar la vuelta á su casa, y cuando iba á entrar en ella, vió á su hija única que se adelantaba hácia él danzando al son de los tambores.

Jephté desgarró sus vestidos.

—Cuán desgraciado soy! exclamó. Pobre hija mia! Dios mio! y he de inmolar á mi hija!...

—Padre mio, dijo la doncella, si habeis hecho ese voto al Señor, cumplid cuanto habeis prometido. Empero dejadme que permanezca dos meses en el desierto, para llorar con mis compañeras.

—Vete pues, hija mia, respondió Jephté.

Al cabo de dos meses volvió la pobre niña, y su padre ejecutó el voto que habia hecho.

De aquí viene la costumbre de que todas las hijas de Israel se reúnan una vez al año para llorar durante cuatro dias á la hija de Jephté.

HISTORIA NATURAL.

LA HIENA.

VEIS, queridos niños, ese animal tan feo, de ojos centellantes y mirada traidora, y que despidе un fétido olor? es la hiena. Es tal vez, dice Bouffon, el único de los animales cuadrú-

pedos que no tiene mas que cuatro dedos, tanto en los pies de adelante como en los de detrás; tiene las orejas estiradas, derechos, desnudas; la cabeza mas cuadrada y mas corta que el lobo; las piernas, sobre todo las de atrás, mas largas; los ojos colocados como los del perro; el pelo del cuerpo ceniciento. Su crin se eriza cuando está irritada. Sus patas de adelante son mas cortas que las de atrás; su mirar atravesado, vizco centelleante; deja ver dientes puntiagudos y cortantes. El paso de la hiena es pesado, embarazoso; su tamaño como el de un lobo; pero su cuerpo es mas corto y recogido.

Este animal cruel y solitario habita en las cavernas de las montañas, en las hendiduras de las rocas, ó en cuevas que ella misma se fabrica escavando la tierra. Es de un natural feroz, y aunque la cojan pequeña jamás se domestica. Vive como el lobo de las presas que hace; pero es mas fuerte y mas atrevida que él. Algunas veces ataca á los hombres, se arroja sobre las caballerías, sigue de cerca á los ganados, y muchas veces rompe de noche las puertas de los establos.

La hiena se defiende del leon, y no teme á los tigres. Cuando le faltan presas en que cebar su voracidad, escarba la tierra, y desentierra los cuerpos de los animales muertos, asalta las tapias de los cementerios, y saca para devorar los cadáveres de los hombres, siendo esta una de sus comidas preferentes.

Las hienas se crían en los países mas cálidos del Africa, y tambien las hay en América. Los antiguos contaban mil fábulas de las hienas. Plinio refiere que las hienas saben imitar la voz humana, llamar al hombre, engañarle así atrayéndole á sus garas, y que los perros quedan mudos con solo ver su sombra.

M.



La Hiena.